

Juan Montiel

*Cada Lunes de Aguas*

PREMIO IGNACIO ALDECOA 2025

IMÁGENES DE CUBIERTA DE ANNE LEFEBVRE

FULGENCIO PIMENTEL

*La principal*

*Todas las llamas son el mismo fuego.*

CHANTAL MAILLARD

## Ardides de Caín

La tarde antes de Nochebuena mi padre subió al monte y me dijo que lo acompañara. Era aladrero y hacía bieldos lisos y ubios tan derechos que tenían fama en la comarca. Aquello me hizo recelar, no fuera a apalearme. Yo era malo. Emponzoñaba con savia de adelfa los pilones donde abrevaban los acemileros y sacaba los ojos a las ranas. Ahorcaba a las crías de gato en un almendro y cortaba las crestas a los gallos. Por cosas así, mi padre a veces cogía la trailla, me tumbaba sobre un caballete y me daba correazos a conciencia hasta que sangraba.

Pero aquel día no había hecho yo nada, al menos que supiera. «Vente», me dijo, y yo me fui con él. Subimos a casa de un hombre al que llamaban Perra. Vivía solo y no bajaba al pueblo como no fuera en fiestas o a comprar vituallas. Yo creía haberlo visto andando borracho por la plaza. Cuando nos vio venir, el Perra meaba en un montón de estiércol. No se aceleró. Hacía frío y se veía subir el vaho del orín delante de su cara. «Quédate aquí», me apartó mi padre a un lado del camino. Era casi de noche. Mi padre ascendió por la costana y estuvo enseguida a un paso de él. Yo los oí hablar recio, pero no pude entender

lo que decían. No hablaban como amigos. Se oyó un gañido y entonces mi padre lo empujó. Estaban junto al pozo. Fue como en las sombras chinescas que vi una vez, en Pascua. El hombre se trabó, lanzó hacia delante una puñada. Quiso agarrarse a mi padre, pero alcanzó solo el aire y cayó al pozo. Se le oyó putear mientras caía. Pareció hundirse, maldijo y braceó. Había llovido y el pozo tenía agua. Me quedé inmóvil, como un santo de yeso. Mi padre tiró de la polea, alzó la cuerda atada a un balde y la sacó. Debí de temer que el Perra la agarrase e intentará escalar por la pared del pozo. Se asomó al pretil y lo miró. Abajo se oía un chapalear enloquecido y a veces un ronquido, como el de las arcadas de los vómitos. Luego el ruido se fue haciendo más sordo, más lejano, hasta que se apagó.

Un día mi padre me hizo escribir una carta bien rara. Yo nunca había escrito una, pero él no sabía hacerlo y solo ponía dos palotes cruzados, muy mal hechos, cuando le pedían que firmara. Me dijo que me trajera una cuartilla de la escuela y compramos un sobre y un sello en el estanco. Me dijo que pusiera «No me busquéis. Me he ido a Barcelona».

—¿Se va usted a Barcelona, padre? —pregunté. Me dio una colleja y me meé. No sé por qué me gustó pensar que se iba y nos dejaba solos, a mi madre, a mi hermana y a mí; sin sus mohines y su peste a humo de tabaco. Echamos la carta en el buzón.

Era verdad que la gente se iba poco a poco. Se fueron Casildo y la Garrota, los Mujeres, los Alpargateros y los Galla. Se fue Marica «Chullo», las Labranderas y Amaro. El cura de Añojal, el Ferrador y Alejo Zaran-dones. Hasta mi madre, harta de palos y penurias, se llevó a mi hermana a Albarracín, a casa de unos dones, y me dejó allí solo, reparando aladros con mi padre.

En mayo me dijo que había que volver. Debíó de ver al guarda merodear por la casa del Perra. Los pocos anima-les que tenía se habían escapado o muerto en los corrales. Otros se los habían llevado. Al Perra, sin embargo, no parecía que lo echara en falta mucha gente, aunque era cierto que en el pueblo ya no quedaba nadie, acaso la familia de un leñero, no muy lejos, en la loma de Añate. Pero él me dijo que subiéramos. «Se está secando el pozo. Hay que sacarlo, antes de que huela».

Subimos con la noche encima. Caminamos sin luz, para que no nos vieran, apenas alumbrados por la luna. El pozo estaba igual; la cuerda, trenzada en la polea.

—La amarras al almendro y te la cruzas por la es-palda —me dijo—. Luego vas soltando cabo y yo hago pie en la pared. Así me vas bajando.

Se colocó por dentro del pretil y yo hice lo que dijo. Enrollé la cuerda en el almendro, me la enrosqué a la espalda y se tensó. Le di un poco de cuerda. Él se soltó del pretil y se dejó caer un poco, apoyando los pies en la pared del pozo. Luego bajó otro poco y yo dejé de verle

la cabeza. Escuché unas calandrias cantar entre las ramas. Entonces solté cuerda.

—¿Qué haces, Caín, puto?! ¿Es que quieres matarme?!

Callaron las calandrias. Yo desaté la cuerda y cayó al pozo.

Casi un año después, un día en que hacía mucho viento, llegó una pareja de guardiaciviles. Traían con ellos a una mocetona. Hacía mucho tiempo que yo no veía a una mujer. No era una cendolilla. Era taheña clara, con los huesos de los hombros redondos y los ojos turbios.

—Es Candelera, la hija de Ramón —explicó un guardia.

—¿Qué Ramón?

—El Perra —dijo bajito el otro, intentando que la muchacha no lo oyera, aunque lo oyó de todos modos.

La chica contó una historia bien curiosa. Dijo que hacía un par de días le había llegado una carta de su padre en la que le decía que se iba a Barcelona. La carta estaba matasellada allí, en El Añigral, cuando había estanco todavía. Hacía ya de aquello tres veranos. La muchacha aclaró que llevaban tiempo sin hablarse.

—Pasa a veces, lo de las cartas —dijo un guardia—. En estos tiempos, el tren correo va atestado. En ocasiones, por una rendija se cuele un sobre entre dos tablas y no lo ven hasta que las limpian o las cambian.

—Pero es que no sabía escribir —habló, de pronto, la muchacha. Un guardia sacó del bolsillo una cuartilla tan ajada y ocre que apenas podían distinguirse unos trazos de tinta. Cogió el papel con miedo a que se resquebrajara.

—Lo escribí yo —aclaré—. El hombre me lo pidió y yo escribí lo que me dijo.

Los guardiaciviles la miraron y ella encogió los labios en una mueca de resignación.

—De todos modos, no estoy aquí por eso. Estoy aquí por la hanegada. Hasta que vuelva, ¿querrías tú cuidármela?

Yo no era labrador, pero le hice el favor a la muchacha. Supe pronto que era un haza de tierra mala y pedregosa. La muchacha me prometió una parte de lo que sacara. Se me cuajaron las manos de callos, de dar golpes contra los cantos con la azada. No saqué mucho, no más de ochenta celemines. Ella volvió por la sanmiguelada. La encontré más mujer y a mí, otra vez, me revoloteó la sangre.

—Es poco, casi nada —dijo al mirar el trigo que había guardado yo en la troje. Entonces salió al campo y la seguí. No podía yo apartar los ojos de sus faldas, de sus caderas anchas. Señaló con su dedo blanco y carnoso hacia la tierra—. ¿Eso de quién es? ¿Nadie lo labra?

Yo negué, sin apartar los ojos. Tenía la boca roja, igual que una granada.

—Eso es de Alejo Zarandones. Dicen que murió, por ahí. No tenía hijos.

—Entonces, no es de nadie.

Así, poco a poco, fui labrando las tierras de los que ya no estaban.

Al año siguiente, por san Antonio, nos casamos. Trajeron de Albarracín una barrica de anís y mantecados. Vinieron mi madre y mi hermana, que ya no era la misma, y una tía de ella y una hermana. Yo supe que a eso le decían cuñada. Un prendero que por los pueblos iba, de ambulante, tocó una zanfona mucho rato. Yo no sabía bailar, pero bailamos. Luego todos se fueron y Candelera y yo los vimos bajar por el camino hasta llegar al cruce, por donde el coche de línea pasaba a media tarde.

Me quedé solo con ella. Nos quedamos solos en la casa que había sido de Ramón, el Perra. Comimos casi a oscuras lo que quedó del guiso de avutarda. Luego apagó el farol. Nos desvestimos. Buscó con su mano la parte de mí que era distinta a ella y la condujo hacia la parte de ella que era distinta a mí. Luego mugió y se desaguó y dejó de ser un poco ella. Cayó a mi lado y eructó. Se removió el olor de los pimientos secos colgados en las vigas. Seguimos callados mucho tiempo. Ladeó la cabeza y susurró.

—¿Oíste al pozo? ¿Cómo hablaba? —dijo. Yo no sabía si soñaba.

—¿Cuándo?

—Cuando estabas en mí.

—¿Y cómo habló? ¿Qué dijo? —Ardía contra la mía la carne de su nalga. Su ombligo era un regajo de sudor. Sus ojos montunos me miraban. Me aparté un poco, pero ella me agarró, como sujeta la arcilla un alfarero.  
—Tú lléname de hijos y de tierra, y yo no diré nada.